

—Ciertamente...

—¡Allá atrás, os digo, demonios! gritó con voz terrible el hombre barrigudo, á dos cargadores que rodaban sobre el puente una barrica de salazón.

—¿Por qué gritas así? le preguntó Tomás con rudeza, pues aquel grito le había sobresaltado.

—No os importa, respondió el hombre mirándole de arriba á bajo.

—¿Ya lo creo... Esa gente trabaja y tú sólo derites tus mantecas... y te imaginas que tienes el derecho de insultarlos? exclamó Tomás, ya furioso, aproximándose á él.

—Mire... cuídese de su persona...

El individuo abandonó bruscamente su puesto y entró en el escritorio. Tomás le siguió con la vista y abandonó el muelle á su vez, deseoso de buscar querella con alguien, de hacer algo que cambiase sus pensamientos.

«Aquel marinero los rechazó y quedó sano y salvo... él y yo...»

Aquella misma noche volvió á casa de los Maikin. El viejo había salido. Encontró á los hermanos en el comedor, tomando el té.

Cerca de la puerta Tomás reconoció la voz ronca de Taras.

—¿Por qué papá se preocupa tanto él?

Se calló, viendo á Tomás y posó en él su mirada seria y profunda. El rostro de Liubov expresaba á la vez confusión y descontento; sin embargo, se dirigió á Tomás con el deseo evidente de excusarse y le dijo:

—¡Toma, eres tú!

«Se trataba de mí», se dijo Tomás sentándose á la mesa.

Taras bajó los ojos y se abismó en su butaca.

Un silencio embarazoso reinó en la habitación,

Tomás estaba encantado de comprender que les incomodaba.

—¿Vas tu á la comida? preguntó por fin Liubov.

—¿Qué comida?

—¿No sabes nada? Kononoff hace bendecir un nuevo barco... Habrá un Te-Deum y además se pasará en el Volga...

—No estoy invitado, dijo Tomás.

—Nadie está invitado... Ha dicho sencillamente en la Bolsa, «¡qué vengan los que quieran honrarme con su presencia!»

—¡Yo no quiero!

—¡De veras! Habrá un festín monstruo, insinuó Liubov, echándole una ojeada.

—Puedo emborracharme á mi costa... si tengo ganas.

—Lo sé, dijo Liubov, con gesto expresivo.

Taras los miraba de reojo y jugaba con la cucharilla del té, dándole vueltas entre sus dedos.

—¿Dónde está mi padrino? preguntó Tomás.

—Está en el Banco... Hay reunión del Consejo, hoy... se debe nombrar Presidente...

—¿Se le elegirá?

—Naturalmente.

Por segunda vez la conversación se extinguió.

Liubov limpiaba las tazas del té: su rostro tenía una expresión grave y sus movimientos eran lentos. Taras se había levantado y se paseaba á lo largo de la sala. Se detenía ante las víctimas examinaba la vajilla, silbaba, tecleaba con los dedos en los cristales, los ojos ligeramente cerrados. La péndola aparecía y desaparecía tras la ranura en cristales del reloj, semejante á una faz alegre y cortaba el silencio con golpes sordos, monótonos. En ciertas miradas interrogadoras y mal veladas que Liubov le asestaba, Tomás comprendió que esperaba impacientemente que se retirase.

—Esta noche, duermo en vuestra casa, dijo él sonriendo. Tengo que hablar con mi padrino. Además, me aburro mucho en mi casa...

—Entonces ve á decir á Marta que te prepare el cuarto del rincón, replicó vivamente Liubov.

—Eso es.

Y se levantó, pero apenas había salido de la habitación, oyó una pregunta dirigida en voz baja, por Taras á su hermana.

«¡Hablan de mí!» pensó.

Una mala idea atravesó su mente:

«Si escuchase... lo que dicen las gentes de talento...»

Y tuvo una risa apagada y de puntillas entró en el cuarto vecino. No estaba alumbrado, pero la luz se filtraba á través de la puerta entre-cerrada y dibujaba en el suelo una raya blanca. Tomás se deslizó con precaución hacia la puerta, latándole el corazón de malsana alegría... Allí quedóse inmóvil...

—Una persona bien débil, decía Taras.

Liubov respondió de prisa y en voz baja:

—¡Siempre está de juerga! Una conducta vergonzosa... Le ha dado de repente... Ha empezado por pegar al yerno del vicegobernador, en el círculo. Papá se ha movido bien para ahogar este escándalo, y dichosamente, resultó que el señor no era de gran influencia... Era un hombre que vivía del juego... un personaje bastante despreciable. A pesar de ello, papá ha tenido que desembolsar más de dos mil rublos. Y mientras que él se ocupaba de arreglar este asunto, Tomás trató y faltóle poco para ahogar á toda una reunión en el Volga...

—¡Ja, ja, ja! ¡qué monstruo! Y un hombre así se preocupa de la razón del sentido de la vida...

—En otra ocasión se paseaba en barco con gentes de su calaña. Se divertían, se bebía, cuando de

repente gritó él: «¡Rogad á Dios! ¡Os echo á todos al agua!» Está dotado de unas fuerzas espantosas. Aquellos individuos gritaban, naturalmente... pero él les respondía: «¡Quiero servir á mi patria, quiero desembarazar á la tierra de un puñado de miserables!...»

—¡Ah!... es verdaderamente original.

—¡Un hombre terrible! ¡Cuántas extravagancias de bruto no ha hecho estos últimos años!... ¡Cuánto dinero tirado!

—Y dime ¿es mi padre quien se ocupa de sus negocios? ¿En qué condiciones?

—No sé. Tiene una procuración general. ¿Por qué preguntas eso?

—Por nada... Es un negocio hermoso. Es cierto que se ha montado á la rusa, es decir, abominablemente mal. A pesar de eso, es un negocio de primer orden. Si se tomase como se debe, sería una mina inagotable...

—Tomás no hace nada... todo está en manos de padre.

—¡Sí!... entonces perfectamente...

—Sabes, me parece á veces, que esas disposiciones de espíritu, esos discursos de Tomás son sucesos y que vale más de lo que se cree; pero no puedo conciliar su conducta escandalosa con sus palabras y sus razonamientos... No puedo...

—Es completamente inútil que te des ese trabajo... Es un perezoso y un ignorante que busca una excusa á su ociosidad.

—No, á veces es cándido como un niño... Antes de todas estas historias es cuando le ocurría eso.

—Es lo que te digo. No vale la pena de atormentarse por un ignorante y un salvaje, que no quiere salir de la ignorancia y del estado inculto, que no le importa hacer público.

—Eres demasiado severa...

—Sí, soy severa. Se debe serlo. Nosotros los rusos somos todos de una negligencia desesperante. Dichosamente la vida nos fuerza, quieras ó no, á tener continencia... A los jóvenes, sueños é ilusionen; á los hombres maduros, ocupaciones serias.

—A veces tengo lástima de Tomás... ¿qué será de él?

—Eso me importa poco... Nada extraordinario, creo, ni bien ni mal... Un muchacho absurdo... que corre á su ruina... ¿qué más quieres? Tanto peor para él. Sus semejantes son raros... hoy el traficante comprende el valor de la instrucción... pero él, tu hermano de leche, perecerá...

—¡Es verdad, señor! dijo Tomás apareciendo en el umbral de la puerta.

Pálido, las cejas fruncidas, la boca torcida en un mohín doloroso, estaba allí, la vista en la vista de Taras y repitió sordamente:

—¡Tienes razón! ¡Pereceré y amén! ¡Ojalá sea pronto!

Liubov dió un salto asustada y corrió á su hermano, que estaba en medio de la habitación, tranquilo, con las dos manos en los bolsillos.

—¡Tomás! ¡oh! ¡qué vergüenza! ¡Has escuchado en la puerta! ¡Oh! ¡Tomás! exclamó ella, avergonzada.

—Cállate, pobre cordero, le dijo Tomás.

—¡Hum! no está bonito escuchar tras las puertas... dijo lentamente Taras, sin quitar los ojos de Tomás.

—¡Sea! articuló Tomás con un gesto de indiferencia. ¿Tengo yo la culpa si no puedo conocer la verdad más que por sorpresa?

—¡Vete, Tomás! ¡Te lo suplico! decía Liubov estrechándose contra su hermano.

—¿Tenéis algo que decirme? le preguntó Taras con calma.

—¿Yo? exclamó Tomás. ¿Qué es lo que puedo decir? Nada absolutamente. Sois vos... Sois vos quien podéis... espero...

—Por consiguiente, ¿no deseáis hablar más conmigo? preguntó de nuevo Taras.

—¡No!

—Me siento dichoso de ello...

Volvió la espalda á Tomás y preguntó á Liubov:

—¿Crees que padre venga pronto?

Tomás le miró y experimentó cierto respeto.

Fuése muy quedo. No experimentaba deseos de meterse en su casa, en aquel caserón donde cada paso despertaba un eco sonoro y seguía la calle, bañada en el crepúsculo gris y frío de un día de fin de otoño. Pensaba en Taras Maiakín. «¡Qué firmeza!.. Conserva de su padre... pero tiene menos agitación... ¡Cuánta malicia debe tener!.. ¡Y Liubov que le tomaba por un santo!.. ¡Tonta! ¡Cómo me ha tratado! Un verdadero juez... ¡Ella... es buena para mí!..»

Todos estos pensamientos no despertaban en él ningún sentimiento, ni de odio contra Taras ni de simpatía por Liubov.

Llevaba en su alma como un peso enorme que no podía definir. Este peso se hacía cada vez mayor y le parecía que su corazón estaba inflado y le hacía padecer, como una úlcera que madura. Sentía aquel dolor agudo y lacerante, notaba el progreso que hacía cada día, y no sabiendo como calmarlo, esperaba con apatía lo que le sucediere.

De pronto pasó el coche de su padrino. Tomás distinguió la menuda silueta de Jacob Maiakín, pero sin experimentar ninguna impresión particular. Un farolero le adelantó corriendo, aplicó su escalera á una farola y se deslizó en el asfalto. El hombre se agarró con ambas manos al poste y lanzó ternos. Una joven que lleva una caja de cartón, da con ella á Tomás y se excusa:

—¡Oh, dispense!

Y le miró sin decir nada... Gotitas pequeñas de bruma condensadas en una lluvia finísima, interponían un velo gris ante los escaparates de las tiendas y las luces de los reverberos. El aire era irrespirable.

«¿Habrá que ir á dormir á casa de Ejoff? ¿Beber con él?» se dijo Tomás; y se dirigió hacia el cuarto del periodista sin tener el menor deseo de verle ni de beber.

Encontró á Ejoff en compañía de un joven hirsuto de blusa y de pantalón gris. Aquel hombre tenía un rostro moreno, como ahumado; grandes ojos inmóviles é irritados. Un gran bigote de sargento ocultaba su boca completamente. Estaba replegado en el canapé cogiéndose las rodillas con sus brazos. Ejoff estaba sentado al través del sillón, con las piernas pendientes de uno de sus brazos. En medio de los papeles y de los libros esparcidos se veía una botella de aguardiente, y en el cuarto flotaba un olor de embutidos.

—¿Vagas? exclamó Ejoff percibiendo á Tomás.

Después, designando con un movimiento de cabeza al individuo sentado en el canapé:

—Gordeieff, dijo.

El desconocido arrojó una ojeada hacia Tomás y pronunció con voz chillona:

—Krasnotchekoff...

Tomás se sentó en un rincón del canapé y declaró á Ejoff:

—Voy á pasar la noche en tu cuarto.

—¡Muy bien! Y bien, continúa, Basilio...

Este miró á Tomás de reojo y dijo:

—A mi modo de ver, sois bien injustos con los tontos... Masaniello era un imbécil y sin embargo ha cumplido su deber á las mil maravillas. Un Winkelrid cualquiera era seguramente un imbécil

también... y sin embargo, si no se hubiese ofrecido para recibir á pecho descubierto las picas imperiales, se habría destrozado á los amigos. ¡Y hay tantos idiotas por ese estilo! Pero son héroes á pesar de todo... Mientras que los grandes talentos son unos cobardes. En lugar de combatir el obstáculo con todas sus fuerzas, el hombre inteligente da cien vueltas y se pregunta lo que podrá ocurrir. Para no perecer inútilmente, quédase á la expectativa, en lugar de obrar... ¡El imbécil sí que es valiente! ¡Baja la cabeza y da contra el muro! ¿Que se rompe la cabeza? ¡Tanto peor? Las cabezas de ganado no son caras... pero si hace una brecha en el muro... las gentes de talento la hacen mayor y pasan con todos los honores. ¡Ah! ciertamente, Nicolás Matveitch, la valentía es una hermosa virtud, pero es una virtud de idiota.

—Basilio, tú cuentas tonterías, dijo Ejoff tendiéndole la mano.

—¡Dispensad! replicó Basilio, no soy un lince... pero tampoco soy ciego. Y veo que, con mucha inteligencia, se llega á tocar pocos resultados. Mientras que las personas de talento deliberan, los imbéciles les manejan con el dedo meñique... Y con esto... me voy...

—Espera, dijo Ejoff.

—¡Imposible! Estoy de servicio esta noche... Apostaría á que ya estoy retrasado... Pasaré mañana... ¿no te molestaré?

—¡De ningún modo! ¡Te convertiré!

—Ese es tu oficio.

Basilio se estiró lentamente; se levantó, estrechó con su negra manaza la mano pequeña, pálida y seca de Ejoff y apretó con fuerza.

—¡Adiós!

Hizo una inclinación de cabeza á Tomás y salió casi sin volverse.

—¿Has visto? preguntó Ejoff á Tomás señalando hacia la puerta, detrás de la que resonaban aun pasos pesados.

—¿Quién es?

—El ayuda mecánico Basilio Krasnotchckoff. Toma ejemplo de él: empezó á los quince años á aprender el alfabeto y á los veintiocho ha leído á Dios, sabe muchos libros instructivos, ha aprendido dos lenguas á la perfección... Se va al extranjero.

—¿Para qué? preguntó Tomás.

—Para estudiar... Para ver como viven los demás y tú te enmoheces aquí; ¿con qué objeto?

—Lo que dijo sobre los imbéciles estaba lleno de buen sentido, dijo Tomás pensativo.

—Yo no sé, puesto que no soy un...

—Muy razonable... un hombre obscuro debe obrar bruscamente, caer con toda su balumba y quitar el obstáculo...

—Ya estás con tus ideas, exclamó Ejoff. Dime más bien si es exacto que Maiakín haya recibido á su hijo...

—Sí, es exacto.

—¡Ah!

—Bueno ¿y qué?

—¡Nada!

—¿Pero qué? En tu cara veo que tienes una segunda intención.

—Lo conocemos á ese hijo... hemos oído hablar...

—Y yo le he visto...

—¡Ah! ¿y qué tal es?

—¿Y yo qué sé? no me importa...

—¿Se parece á su padre?

—Es más grueso... más redondo... más grave. Es muy frío.

—Eso equivale á decir: «Aun peor que Tashka!» ¡Ah! amigo mío, ten cuidado: te van á robar como en despoblado...

—Tanto mejor...

—Te despojarán de todo, te verás reducido á mendigar... Ese Taras ha arreglado bien á su suegro en Ekaterinburg...

—Que me arregle del mismo modo si quiere, le daré las gracias.

—Vuelves á la misma canción...

—Ya lo creo...

—¿Para tener libertad?...

—Y bien.

—¡Déjate! ¿De qué te servirá la libertad? ¿Qué harás? No vales para nada, apenas si sabes leer y escribir... y apostaría á que ni cortar madera sabes. ¡Ah! ¡yo, si pudiese sólo á quitarme de beber y de comer!

Ejoff se puso de pie, frente á Tomás y empezó á hablar á grandes voces como si declamase versos.

—¡Habría reunido los pedazos de mi alma destrozada y los habría mezclado con la sangre de mi corazón, para vomitarlos en el rostro de nuestros intelectuales que el diablo se lleve! Les habría dicho: «¡Microbios! ¡Sois la savia más preciosa de mi país! Vuestra existencia ha sido pagada con la sangre y las lágrimas de varias decenas de generaciones del pueblo ruso! ¡Oh, vergüenza! ¿Cuánto costáis á vuestro país, y qué hacéis por él? ¿Habéis transformado en perlas las lágrimas de antaño?... ¿qué habéis dado á la vida? ¿qué habéis producido? ¿Os habéis dejado vencer? ¿Qué hacéis? ¡Sois sólo objeto de escarnio!

En un acceso de rabia, con los dientes apretados, miraba á Tomás con fuego y odio, que hacía pensar en la cólera de una fiera.

—Les habría dicho: ¡Discutís mucho, pero sois ininteligentes, débiles y cobardes! Tenéis el corazón empachado de moral y de buenas intenciones, pero es fofo y tibio como algodón. El espíritu de

creación duerme un sueño apacible y profundo, y vuestro corazón no late, sino oscila dulcemente como una cuna. Habría mojado el dedo en la sangre de mi corazón y los habría señalado en la frente con el sello de mi indignación, y ellos, pobres de espíritu, mezquinos en sus deseos, habrían aguantado... ¡Oh! ¡pero cuándo! ¡Mifusta es sólida y mi mano firme! ¡Y amo demasiado para tener lástima! ¡Habrían sufrido! Pero ahora no sufren, pues hablan mucho, muy á menudo y muy alto de sus sufrimientos! ¡mienten! El verdadero dolor es mudo y la verdadera pasión no conoce obstáculos! ¡Ah! ¡las pasiones! ¡las pasiones! ¿Cuándo nacerán en el corazón de los hombres? Todos sufrimos por esta falta de pasiones...

Se ahogaba en un acceso de tos. Tosió mucho, encorvándose en el centro de la habitación, con grandes aspavientos, como si estuviese loco. Después se sentó frente á Tomás, pálido, los ojos inyectados en sangre. Su respiración era difícil y sus labios temblaban, descubriendo dientes pequeños y agudos. Con sus medias melenas, cayéndole sobre el rostro, parecía á un pescado recién sacado del agua... No era la primera vez que Tomás le veía en aquel estado y su exaltación era cada vez mayor. Escuchaba la palabra vehemente del hombrecillo en silencio, sin tratar de penetrar el sentido, sin saber á ciencia cierta, contra quien era dirigida, entusiasmándose sólo con su fuerza. Las palabras de Ejoff eran como salpicaduras de agua hirviente que le caldeaban el alma.

—Les diría á esos miserables ociosos: ¡atención! ¡La vida marcha y os abandona á sus espaldas!

—¡Bien dicho! exclamó Tomás entusiasmado, agitando en su canapé, eres un héroe, Nicolás. ¡Oh! ¡oh! ¡Pégales! ¡No tengas compasión!

Ejoff no tenía necesidad de ser arengado; pare-

cía más aún, que ni siquiera había oído la exclamación de Tomás. Continuaba:

—Conozco la medida de mis fuerzas, sé que se tratará de imponerme silencio. Se me dirá: ¡Chist! Lo dirán razonablemente, reposadamente, se burlearán de mí con altivo desdén... Sé bien que no soy más que un pequeño pajarito, ¡oh! ¡no soy un ruiseñor! Soy un ignorante en comparación de ellos, no soy más que un miserable periodista, bueno, cuando más, para divertir al público... Pero yo los dejaría gritar... ¡Su hálito no pasaría de mis mejillas y mi corazón no cesaría de latir! Y les respondería: ¡Sí, soy un ignorante! y mi primera superioridad sobre vosotros, consiste en no saber ninguna verdad impresa, que valga el valor de un hombre. ¡El hombre, para sí mismo, es el universo entero y viva el sér que lleve en sí al mundo!

«Y vosotros, les diría, vosotros, por una palabra de la que á veces desconocéis hasta el sentido, os hacéis los unos á los otros heridas mortales. Escupís hiel y violáis almas... ¡Ah! creedme, la vida os pedirá cuentas severas. Caerá sobre vosotros como el huracán y os barrerá, os echará de la superficie de la tierra como la lluvia y el viento barren el polvo de los árboles. La lengua humana no posee más que una sola palabra cuyo sentido sea igualmente precioso y claro para el mundo, y esta palabra es: ¡libertad!

—¡Destruýelos! aulló Tomás lanzándose de su asiento y cogiendo á Ejoff por los hombros.

Con la pupila brillante le miraba al rostro y exclamó en un gemido doloroso:

—¡Eh! ¡Nicolás! ¡amigo mío, cómo te compadezco! ¡Ah! ¡Te compadezco más que tú te puedas figurar!

—Pero ¿qué hay? ¿Qué tienes? exclamó Ejoff re-

chazándole, sorprendido por las palabras extrañas de Tomás y perdiendo el hilo de su discurso.

—¡Eh! amigo mío, continuaba Tomás bajando la voz, lo que daba á sus palabras una fuerza persuasiva, ¡eres un alma que vive y perecerás!

—¿Por qué? ¿Quién? ¿Yo? ¿Yo pereceré? ¡Mientes!

—Querido, ¡jamás encontrarás á nadie! A nadie te podrás dirigir. ¿Quién te escucharía? Yo soy el solo...

—¡Vete al diablo! le gritó Ejjoff furioso, echándose á un lado, como si lo hubiese escaldado.

Pero Tomás avanzaba hacia él y continuaba con una tristeza y una convicción profundas:

—¡Habla! ¡Háblame! Llevaré tus palabras donde es necesario... ¡Las comprendo! ¡Ah! ¡Dios! ¡Cómo afrontaría yo á los hombres! ¡Espérate! ¡A mí también me llegará la hora!...

—¡Vete! gimió con voz histérica Ejjoff, refugiado en el último rincón del cuarto, apoyado contra la pared. Estaba, sin conocimiento, destrozado, espumeante de rabia y evitando el abrazo afectuoso de Tomás.

En este momento la puerta se abrió y una mujer toda de negro apareció en el dintel. Tenía una expresión de maldad é indignación.

Levantó la cabeza, extendió la mano en dirección de Ejjoff y dijo con voz silbante:

—Nicolás Matveitch, dispensad, pero es espantoso. ¡Aullidos de bestia salvaje! ¡Todos los días de Dios! ¡No, no puedo tolerarlo más! Yo también tengo nervios... Tened á bien abandonar la habitación mañana mismo... No habitáis en un desierto... ¡Estáis rodeados de seres humanos! ¡Y eso se llama tener instrucción! ¡Un escritor tiene también necesidad de reposo!... A mí me duelen las muelas... mañana mismo, os lo suplico. Mañana pondré el «se alquila» y enviaré mi declaración á la policía.

Háblale de prisa y la mayor parte de las palabras se perdían en una especie de silbido; no se distinguían más que las que acentuaba con voz penetrante é irritada.

A la vista de aquella figura grotesca y sobreexcitada, Tomás se replegó hacia el canapé, en tanto que Ejjoff quedaba en el mismo sitio, se pasaba la mano por la frente y escuchaba con atención sostenida.

—¡Queda dicho! gritaba aún la voz en la escalera. ¡Desde mañana! ¡qué horror!

—¡Diablo! murmuró Ejjoff mirando á la puerta con aire embrutecido.

—¡Sí! ¡qué severidad! añadió Tomás estupefacto. Y ae sentó de nuevo en el canapé.

Ejjoff se alzó de hombros, aproximóse á la mesa y llenó la mitad de un vaso grande de aguardiente que tragó de un golpe. Después se volvió á sentar frente á la mesa y bajó la cabeza. Durante un minuto, ambos permanecieron en silencio.

Tomás dijo al fin tímidamente:

—Pero ¿cómo ha sucedido? No ha habido tiempo ni de decir «Jesús», y mire qué desenlace más inesperado.

—¡Tú! le gritó Ejjoff irguiendo la cabeza y fijando en Tomás una mirada furiosa y loca, ¡tú! ¡tú! ¡vete al diablo! Acuéstate... y duerme ¡monstruo! ¡pesadilla! ¡oh!

Le enseñó el puño y se echó más aguardiente.

Unos instantes después, Tomás, completamente desnudo, echado en el canapé y á través de sus párpados medios cerrados, vigilaba á Ejjoff. Este continuaba inmóvil en su silla, en una postura lamentable. Tenía los ojos fijos en el suelo y sus labios se movían débilmente. Tomás se sentía muy perplejo. No podía explicarse la cólera de Ejjoff. ¿Era contra él? Por la despedida del cuarto no podía ser. El sólo tenía la culpa por gritar tanto.

— ¡Oh! ¡Satanás! balbuceaba Ejjoff rechinando los dientes.

Tomás levantó con precaución la cabeza del almohadón. Ejjoff exhaló un profundo suspiro y tendió de nuevo la mano hacia la botella... Tomás propuso entonces con suavidad:

—Vamos al restaurant... No es tarde...

Ejjoff le miró y soltó una carcajada extraña. Después, levantándose, dijo á Tomás:

—Vístete...

Ante los movimientos lentos y poco hábiles de Tomás, se irritó impaciente y enojado:

—¡Muérete! ¡Tonto de capirote! ¡Bruto simbólico!

—¡Déjate de injurias! le respondió Tomás con sonrisa conciliadora; ¿merece eso una mujer que no te ha dicho más que tonterías?

Ejjoff le miró, escupió y se echó á reir con risa estridente...

XIII

—¿Estamos todos? preguntaba Iliá Efmovitch Kononoff, de pie en la proa de su nuevo barco, mirando con los ojos radiantes de alegría á la muchedumbre de invitados. ¡Creo que todos han llegado!

Volvió hacia el capitán su enorme cara roja, radiante de satisfacción, y dijo:

—¡Partamos, Pedro!

—Bien...

El capitán quitóse la gorra, descubrió su abulta-

do cráneo calvo, se santiguó; después examinó el cielo, acarició su hermosa barba negra y ordenó:

—¡Atrás!

Todos los invitados, atentos á los gestos del capitán, habían hecho varias veces la señal de la cruz, quitándose los sombreros, lo que produjo el efecto de un vuelo de aves negras pasando por el puente.

—¡Vamos, con la ayuda de Dios! exclamó Kononoff lleno de emoción.

—¡Babor, avante! ordenaba el capitán.

El inmenso barco *Iliá Murometz*, exhaló enorme bocanada de humo blanco, y sin esfuerzo, majestuoso como un cisne, se puso á remontar la corriente.

—¡Qué arranque! dijo uno de los invitados con admiración.

Era Lobo Grigorievitch Reznikoff, un hombre alto, delgado, de aspecto respetable, consejero en la Cámara de comercio.

—¡Ni la más mínima sacudida! Es como una señorita que baila.

—¡Velocidad media!...

—¡Este no es un barco... es un sueño! suspiró piadosamente Efm Zuboff, el macero de la catedral, primer usurero de la ciudad, hombre encorvado y desfigurado por la viruela.

El día estaba pesado. El cielo cubierto de nubes grises, se reflejaba en el río y le daba un tinte metálico. Airoso, reluciente, el barco bogaba sobre la larguísima sábana donde el reflejo de sus colores frescos proyectaba una mancha clara y alegre. Lanzaba hacia el cielo una columna de humo negro que no se disipaba y formaba poco á poco, por encima de él, como una nube sombría. Enteramente pintado de azul, con una chimenea rosa y las ruedas de rojo vivo, avanzaba con facilidad, partiendo el agua y rechazándola hacia las orillas. Los cris-